

Comentarios bibliográficos

Escribe: HERNANDO VALENCIA GOELKEL

LA INSTITUCION NEGADA—Informe de un hospital psiquiátrico. Por Franco Basaglia.—Barral Editores, Barcelona, 1972—Traducción de Jaime Pomar. 348 pp.

Hay en particular dos instituciones cerradas que testimonian (cuando pueden) las inepticias del mundo contemporáneo: son la cárcel y el asilo —en especial el asilo de alienados—. La institución del prostíbulo en cuanto recinto absorbente y único —mezcla grotesca de prisión y de familia— tiende a desaparecer; el que la profesión siga tan campante es un problema distinto y cada vez más elusivo, dado que ha sido necesario poner en tela de juicio, entre otras cosas, la fatalidad causal de la necesidad económica como factor único en el ejercicio de esa actividad tan censurada y también tan solicitada. Los internados educativos —la aborrecida y satirizada **public scholl** inglesa— no son hoy, posiblemente, tan sórdidos como hace unas generaciones. Algo semejante puede decirse del soldado o del marino; en mayor o menor grado, se ha atenuado el carácter predominantemente represivo y punitivo de su condición. Quizás el servicio militar no sea una expectativa jubilosa; pero de todos modos, que yo sepa, no existen ya, institucionalmente, modalidades como aquella de la Rusia zarista en donde determinados campesinos eran forzados a ingresar a las filas **de por vida**.

Oportunismo reformista, liberalidad, democratización: no se trata ahora de hacer el intento de analizar esas circunstancias. Ahora bien: esos mismos impulsos han actuado, y actúan en lo referente a la cárcel y al asilo de alienados. La diferencia consis-

te en que una y otro son impermeables a las innovaciones, a las técnicas sociales y clínicas, al desembolso monetario y al mucho más considerable desembolso en generosidad, en abnegación, en solidaridad humanas que se han concentrado en estas instituciones. Debieran serlo, y son, escandalosas; pero su realidad intolerable se contrarresta con una característica común y fundamental a los dos organismos: el silencio. Alguna vez acontece un horror como el de Attica y luego las cosas vuelven a la "normalidad". En los asilos, en cambio, ni siquiera hay la ocasión del motín o de la revuelta; su silencio es más hermético y más tenaz, por lo tanto, la sordera.

El doctor Franco Basaglia se encargó en 1961 de la dirección del hospital psiquiátrico de Gorizia. Este libro presenta una serie de artículos sobre el experimento adelantado allí por Basaglia y sus colaboradores: médicos, pacientes, periodistas, un sociólogo describen su aproximación y su participación en una empresa de zapa y corrosión que Basaglia describe, consciente y orgullosamente, como anárquica. La edición original apareció en 1968, pero no tengo la cronología exacta que permita presumir si los acontecimientos políticos y universitarios de ese año influyeron en el énfasis rebelde y agresivo de la obra; de todas maneras, el hecho es que el proceso había comenzado con mucha anterioridad.

En el de Gorizia, como en organismos semejantes (no sobra mencionar que se trata de un asilo estatal al que nunca o casi nunca acuden los pacientes por su propia determinación) se practicaba aún los métodos de represión y de castigo físico que le han conferido su negra aureola a tales instituciones. Igual que en las cárceles, es una barbarie que pretendía ser ocasional y necesaria; los métodos son reprobables pero hay presos que necesitan el confinamiento solitario, hay enfermos mentales que necesitan la camisa de fuerza. La culpa es siempre del recluso; nadie postula teóricamente los beneficios de esos procedimientos, pero los confinados obligan a los médicos o a los administradores a adoptarlos. Son, por decirlo así, réprobos que incurren también en la contumacia.

Hasta un momento difícil de precisar dentro de la narrativa del libro, la actuación de Basaglia se situaba al nivel de la reforma; el concepto de asilo "abierto" se remonta al siglo pasado, e inicialmente en Gorizia se tuvieron muy en cuenta experimentos contemporáneos en la psiquiatría contemporánea, como el de

Maxwell Jones en Inglaterra. El periodista Nino Vascon, en una serie de entrevistas con pacientes, con enfermeros, con monjas auxiliares, narra en parte la cancelación de las modalidades represivas internas y la configuración paulatina de un universo en donde no solo se habían cancelado la mayor parte de las coacciones físicas sino en donde también la discusión y la crítica por parte de todos quienes integran el hospital se convirtió en la dimensión permanente de las actividades internas. La asamblea general ha sustituido —o tratado de sustituir— la relación bilateral médico-enfermo; el objetivo doble de estas consiste, claro está, en establecer la relación comunitaria como sustituto de la autoritaria pero, más aún en restituirle al enfermo, dentro de esa nueva esfera, la posibilidad y la necesidad de la lección y la responsabilidad propias.

Ahora bien: ¿dentro de qué márgenes puede hablarse en un caso así de elección y, por consiguiente, de libertad? El enfermo puede aceptar o no la prescripción de sedantes o tranquilizantes; se permiten salidas individuales con cierta frecuencia; se discute sobre las actividades colectivas —paseos, fiestas, la organización del bar, la función del periódico dirigido por un recluso (periódico extinto cuando se volvió “innecesario para la comunicación interna”); se critican los trabajos accesibles y sus remuneraciones, etc. Dividido antes en diferentes “servicios”, estos están siendo abolidos, y se cerró el último servicio “cerrado”, la expresión más visible del manicomio tradicional.

Hasta ahí, nada espectacular en demasía; simplemente, la concordancia de los propósitos reformistas con las prácticas reformistas —algo, dicho sea de paso, más difícil de proclamar que de realizar—. Pero Basaglia y los demás médicos se habían comprometido muy profundamente en el proceso para detenerse en ese punto; y es entonces cuando la reforma se convierte en negación, en rebeldía y refutación totales. En adelante se van atacando, sucesivamente. El asilo como institución; la sociedad como cuerpo cuyas excrecencias y flaquezas configuran a su vez la realidad “asilar”; finalmente, al sentido mismo de la terapéutica y del papel de psiquiatra. El frenesí contestario culmina en la expresión de un sociólogo que colaboraba como tal en Gorizia: “La experiencia de investigación en el seno del hospital psiquiátrico consiste justamente en poner de nuevo progresivamente en cuestión los instrumentos y las técnicas de la investigación en su conjunto, y finalmente a la crisis de la misma no-

ción de investigación y a la **renuncia** a ella” (el subrayado aparece en el texto).

En un libro que, sin remedio, tiene muchos puntos de contacto con **La institución negada**, escribía hace unos años Michel Foucault: “Si quisieran analizarse las estructuras profundas de la objetividad en el conocimiento y en la práctica del siglo XIX, de Pinel a Freud, sería preciso mostrar justamente que esa objetividad es desde el principio una cosificación de orden mágico (...). Lo que se llama la práctica psiquiátrica es una cierta táctica moral, contemporánea de los últimos años del siglo XVIII, conservada dentro de los ritos de la vida de asilo, y recubierta con los mitos del positivismo”. (**Historia de la locura en la época clásica**). El asilo y la práctica psiquiátrica, añade Basaglia, están demasiado estremezclados como para que sea posible rebatirlos por separado: el asilo es una institución represiva, una manifestación de la violencia social; y el médico, no importa la terapéutica utilizada, no puede apartarse del papel de ejecutor que la sociedad ha asignado y que él ha asumido inicialmente. “La negación y el desenmascaramiento de la violencia conducen de este modo a negar radicalmente la institución”, dice Agostino Pirella, uno de los colaboradores de Basaglia. Pero, prosigue otro de ellos, Giovanni Jervis: “La principal contradicción concierne, sin embargo, al médico: a diferencia del hospitalizado, éste no necesita conquistar su libertad para sobrevivir y replantearse el mundo, sino que debe renunciar a un universo cultural y de clase del cual obtiene sus privilegios”.

El esquema, aproximadamente, es así: el rechazo de la institución conduce al de la sociedad; éste revierte al del papel del médico, el que, a su vez, desemboca en el rechazo (o crisis) de la psiquiatría. ¿Qué habrá acontecido en Gorizia después de la publicación de este libro? Es una obra repleta de intensidad humana y de pasión intelectual que se detiene, circunstancialmente, en el momento crítico, cuando los análisis han desembocado en el suspenso que representa la interrogación sobre el futuro. Se ha agotado la etapa de análisis, de cotejo y de discusión: “La realidad de los manicomios”, escribe Basaglia, ha sido sobrepasada y **se ignora cuál puede ser el paso siguiente**”. Es el relato de un salto al vacío, es decir de una locura y Basaglia lo reafirma: “Resulta demasiado fácil (...) definir nuestro trabajo como falta de seriedad y de respetabilidad científica. Este juicio solo puede halagarnos, puesto que al fin de cuentas nos asocia con

toda la falta de seriedad y de respetabilidad atribuída desde siempre al enfermo mental, así a como todos los **excluídos**". Esa aventura, esa demencia revolucionaria plantean dos interrogantes. Uno, el ya mencionado, acerca de su prolongación específica. Pero tal vez es una pregunta baldía, por cuanto todo indica que toda esa suma de negaciones solo podrán invertir su cariz mediante una transformación revolucionaria que, al parecer, no se ha producido. La segunda cuestión es de orden moral. Se ha lanzado un conjunto humano en una empresa que, según los autores, está orientada a la liberación del paciente individual. Ahora bien: posiblemente ese concepto libérrimo y anárquico sea, a su vez, una ideología. En ese caso, cabría poner entre paréntesis toda la trayectoria descrita en este libro, pues se alteraría la significación del experimento, al volverse lícito —y hasta inevitable— el dilema de si se ha servido a los desdichados, a los "excluídos" o si, por el contrario, estos han sido también instrumentalizados al servicio de una abstracción, de un fanatismo, por sinceros que estos sean.

H.V.G.

* * *

L'ABONDANCE EST-ELLE POSSIBLE?—
Por **Pierre Kende**—Collection Idées, Gallimard—
París, 1971. 250 pp.

El autor de este libro es economista y enseña en la Universidad de Nanterre. Pero en el prólogo hace una advertencia que debe tenerse en cuenta, ya que constituye tanto una aclaración como una apología a los interrogantes que muy justificadamente suscita: "...este ensayo, aunque escrito por un científico, no es científico. En efecto, frente a los dilemas del hombre convertido en su propia medida, resulta vano recurrir a las luces de la Ciencia. Si hay alguna salvación, ésta reside en nuestra facultad de interrogación y de juicio crítico, ya que solo ésta nos capacita para la elección. Y el lenguaje de dicha facultad es socrático más que científico".

Hasta cierto punto, los análisis de Kende no dan respuesta a la pregunta formulada en el título. ¿Es posible la abundancia? Parece como si se tratara de una pregunta retórica por cuanto el libro se ocupa, ante todo, de examinar y de rebatir el concepto que el autor denomina "productivismo". Dice, en alguna ocasión,

que ha acudido a ese término en lugar del de “capitalismo” para no hacerle el juego a las ilusiones ideológicas y políticas que ven una línea divisoria inexistente entre las modalidades económicas del mundo contemporáneo. “El ejemplo de Cuba es la ilustración más reciente de los sinsabores de un socialismo incapaz de definirse en términos que no sean económicos”. El subtítulo —“Ensayo sobre los límites de la economía”— apunta, pues, de manera mejor a las intenciones de una obra cuyo protagonista —y villano—, el productivismo, se identifica con el pensamiento económico. En forma algo apresurada, puede simplificarse la tesis de Kende en estos términos: la teoría y la praxis económicas no pueden emanciparse del productivismo; por consiguiente, es necesario modificar los enfoques y las prioridades, y emprender la búsqueda de normas y de metas no primordialmente económicas, no sumisas al encadenamiento infinito del productivismo.

Este nobilísimo propósito es el tema de una abundante literatura de todo género y proveniente de todos los países. Omitiendo, por el momento, las conclusiones de Kende, su obra tiene dos motivos de interés. El primero, la revisión de una serie de actitudes y de tópicos que en forma rapidísima se han ido incorporando a la sabiduría convencional; el segundo, la perspectiva del autor, su ubicación geográfica, nacional, intelectual: ¿qué dice un catedrático de Nanterre después de mayo de 1968?

Respecto a esa tumultuosa **contestation**, menciona lacónicamente que ese año muestra la “inutilidad, el peligro mismo, de una revuelta que, para superar los problemas del siglo XX, acude a los clisés del XIX”. Esas críticas o autocríticas son bastante frecuentes. Resulta más notable las disecciones de los clisés. Por ejemplo, el término sociedad de consumo se ha convertido en un comodín para designar todas las perversiones sociales y morales de la época. El consumo privado es la forma más diabólica de la alienación y de la opresión. Sin embargo, “en términos **relativos** la sociedad industrial contemporánea acaso sea al menos ‘consumidora’ que haya conocida la historia”. La proporción entre gasto privado y gasto público no tiene precedentes, “ni siquiera en la época de construcción de las catedrales o de las pirámides”. Consumo, añade Kende, se ha vuelto la antítesis de producción, y es esa una dicotomía simplista; el consumo jamás es enteramente pasivo; el consumo “psíquico” tiene la misma virtualidad regenerativa o recreativa que el consumo fisiológico;

pero en ninguno de los dos casos se trata, **a priori**, de una actividad superflua, parasitaria, letárgica; hay siempre, añade Kende, y por modesto que sea, un elemento activo, una búsqueda “de lo inexplorado todavía”.

Dentro de un terreno más complejo, Kende hace una revisión semejante de la espinosa noción de “necesidad”. Inevitablemente, intervienen las célebres líneas de Marx sobre los dos reinos, el de la libertad y el de la necesidad. Pero, como en el ejemplo anterior, vuelve a plantearse la cuestión del contenido del término. En el caso de que sea posible trazar la frontera entre necesidades “vitales” —ese mínimo hipotético que se suele denominar supervivencia— y las necesidades de otro orden, ¿cómo distinguir entre estas últimas y las perversiones golosas de la “sociedad de consumo”? Equis calorías diarias son una necesidad; de ahí para adelante hay que enfrentarse a la relatividad histórica y social del concepto. La discusión es algo manido, a primera vista; pero dentro de este estudio tiene implicaciones importantes ya que en efecto, Kende sostiene que la necesidad es la coartada de los regímenes socialistas para haberse embarcado en el “productivismo” y haber aceptado las reglas de juego económico del adversario. Y va más allá todavía: no se trata de algo episódico, como se suele argüir; no se trata del subdesarrollo ruso con que tuvo que habérselas Lenin, ni tampoco de una aberración estalinista; en realidad, la tendencia estaba presente ya en la teoría prerrevolucionaria. La emulación técnica, y por consiguiente económica, con el capitalismo, estaba en la raíz de la ortodoxia socialista. Vuelve, esta vez irónicamente, la cita de Marx: “El proletariado servirá de su supremacía política... para aumentar lo más de prisa posible la masa de las fuerzas productivas”. La expresión, recalca Kende, no es de Lenin sino del “Manifiesto comunista”.

Hay otros análisis igualmente agresivos e igualmente heterodoxos —heterodoxos porque el autor, como todo el mundo, se declara, en principio, socialista—. Y hay también una conclusión, para la cual el autor nos había prevenido en el prólogo, entre otras cosas con las líneas citadas sobre el carácter no científico de su obra. Esta desemboca, quizás fatalmente, en todo caso deliberadamente, en la reivindicación de la Utopía. “Los regímenes que se pretendían socialistas la han descartado sistemáticamente; siempre que se planteaba el dilema, lo resolvían a favor del progreso técnico, y se negaban a aceptar una voca-

ción que no cupiera dentro del ámbito técnico-económico". Dice en seguida que la acusación del productivismo implica la "elección ineluctable entre dos tipos de progreso". El otro tipo, el no productivista, sería una democracia de tipo comunitario que comenzara por negarle su papel preponderante a la economía, a "la cosa económica"; para ir estableciendo paulatinamente convenios y decisiones relativos a las modalidades de una existencia en donde el trabajo —y también el ocio, la creación, el consumo— fueran decisiones individuales dentro de un todo social cohesionado por el principio de la **vita activa**, de una vida en donde la producción tabulable estadísticamente y el placer derivado de emulaciones sociales pasaran a un segundo plano, y se ampliaran, en cambio, la espontaneidad, la efusión creadora, el placer no codificado.

Ese es, ni más ni menos, el desenlace. Por supuesto, toda la agilidad dialéctica de Kende se diluye en estas beaterías que lo sitúan a un nivel inferior al de **The greening of America**, ya que Reich compensa en parte su desorden y sus laxitudes con un entusiasmo que, al menos a cierto nivel sentimental, lo hace atrayente. La utopía es un género arduo; posiblemente Kende hubiera hecho mejor con detenerse en la afirmación de la necesidad de ésta —la necesidad de rebasar la al parecer inflexible racionalidad económica, por ejemplo— y prescindir de pormenores. Yo hago la crítica, otros hagan el programa. Muchas, posiblemente la mayor parte de las utopías, contienen un elemento de tristeza; pero nada tan irremediabilmente triste como el utopismo ramplón.

H.V.G.

* * *

INTRODUCCION A LOS VASOS ORFICOS—
Por José Lezama Lima—Barral Editores—Barcelona,
1971. 272 pp.

Este libro, anuncian los editores, reúne escritos en prosa de Lezama Lima "de escasa o nula circulación fuera de Cuba". Dispuestos en orden cronológico, comprenden desde el año 1945 hasta 1968.

El autor de **Paradiso** ("abierto para pocos, cerrado para muchos" y entre estos últimos figura el suscrito) ha recogido

también recientemente sus poesías en un volumen considerable (del que tampoco conozco sino algunas muestras más bien le-tárgicas). Por lo tanto, leí esta **Introducción a los vasos órficos** como si se tratara de un libro, no de un documento o de un im-pensable complemento a lecturas no efectuadas.

Tanto Lezama como los editores se cuidan de darle una de-nominación específica a estos escritos. No se trata, por consi-guiente, de ensayos; y su recorrido hace obvio que no se trata tampoco de crítica. Son textos en el sentido etimológico que Walter Benjamin reivindicaba para el término: tejidos, urdim-bres. Sea lo que fueren, el asunto de la nomenclatura es ocioso. Es el mejor libro contemporáneo en español acerca de la poesía.

Lezama, conste, es amanerado hasta hacerse insufrible. “El espacio clavicular, donde se engendraba el árbol creacional de Idumea, o las extensiones del costado, donde interroga el cen-turión o se concentran en nueva osteína las evaporaciones somní-feras”. Abundan —y cómo— joyas semejantes; pero conste asimismo que esos perifollos se van haciendo más escasos con el tiempo, sin que ese atenúe mayor cosa el caos y el retorcimien-to conceptuales del autor.

Lo que cuenta es la sucesiva decantación que Lezama va haciendo de su idea —supongo— de la poesía. Las teorías son tan frecuentes como las generalizaciones, y otra de sus peculia-ridades más irritantes es el uso continuado de denominaciones colectivas, como si éstas tuviesen un significado inmediato, ya que no unívoco. “Los etruscos”, “los presocráticos”, “los esco-lásticos”, “los egipcios” van y vienen por estas páginas con irri-tante desfachatez. Por supuesto, el fenómeno se acentúa más aún con la renombrada erudición del autor y el desfile de nom-bres y de citas provenientes de todos los lugares y de todas las épocas y, sobra añadirlo, sin mayores referencias. La actitud de Lezama hacia la información del lector parecería condensarse en líneas como las siguientes: “Si alguien no ha meditado sobre lo que representa simbólicamente en la cultura china el Carro del Toldo, no está en condiciones de conocer sus claves emblemá-ticas. El dosel que recubre el Carro del Jefe y que representa el cielo, de forma circular, se basa en el número áureo 36, que re-presenta la totalidad de un contorno, igual que 360. Ventiocho ar-cos lo unen a la columna central, enlazada a la caja cuadrada del carro, que representa la tierra”, etc. Pero a estas alturas es

forzoso haber percibido ya que Lezama es una especie de Buster Keaton de la escritura y que todo el tiempo ha estado riéndose de sí mismo y del lector que descubre, con un escalofrío de vergüenza, que jamás ha meditado sobre la significación del Carro del Toldo. La cita está tomada de “La biblioteca como dragón”; ese título y ese humor son unos de los aparentescos del cubano con Borges, y acerca de los cuales no cabe insistir ahora.

Hay una referencia insistente a lo que denomina Lezama la imagen y que es para él la concreción de lo poético. Obsesionado por la recurrencia, por la dualidad, por el revés y el derecho, por la añorada unidad dual, trina o cuádruple, por las tensiones de los contrarios, por la fugacidad y la inmortalidad, Lezama ve en la “imagen” lo sustantivo de la experiencia poética. Da de ella numerosas definiciones, bastante enrevesadas; esta es relativamente diáfana: “La imagen es el incesante complementario de lo entrevisto y lo entreoído, el temible **entredeux** pascaliano solo pueden llenarse con la imagen”.

Pero no importa lo tortuoso de las definiciones. El deleite del libro consiste en tropezar con las imágenes que Lezama reconstruye o, mejor dicho, crea. Tomás de Aquino y su diálogo con el autómeta soñado; Sonia Marmadelov y la abundancia milagrosa de su caridad; el silencio de Quevedo en la Torre de Juan Abad; muerte y resurrección de Hernando de Soto; la preparación del té; la precariedad del unicornio; la vegetalidad de la pantera; el encuentro no efectuado entre Casal Martí. Siempre Martí: Martí que plasma la abundancia de la pobreza y que reaparece en un rincón de la historia: “La Revolución cubana significa que todos los conjuros negativos han sido decapitados... Cuando el pueblo está habitado por una imagen viviente, el estado alcanza su figura. El hombre que muere en la imagen, gana la sobreabundancia de la resurrección. Martí (...) ha sido enterrado y desterrado, hasta que ha ganado su paz. El estilo de la pobreza, las inauditas posibilidades de la pobreza han vuelto a alcanzar, entre nosotros, una plenitud oficiante”.

Así, consecuentemente, en esta meditación sobre la poesía apenas si se habla de poetas o de versos. Las imágenes no acuden del endecasílabo, del alejandrino, de la copla; las imágenes son una constitución de lo que más aún que la fe, es el motivo determinante de Lezama, la realidad primera y última, la realidad interminablemente oculta y descifrada en términos poéticos.

Acude frecuentemente a la historia, pero las imágenes resultantes son una negación de la historia; recurre a la filosofía para hallar, en una yuxtaposición, la fruición que representa un término escolástico al quedar despojado de su tecnicismo y asumir su latencia poética. El descubrimiento, la transformación, la metamorfosis de todo lo vivido (y de todo lo leído) en poesía es lo que le da a este libro irónico su conmovedor carácter dogmático. Es una búsqueda tenaz de los pórticos, edificada siempre sobre lo precario, lo enigmático, lo paradójico. Es, por tanto, difícil (e inútil) el intento de traducir conceptualmente las hipotéticas teorías de Lezama. Es la búsqueda, la caza, interminables por su definición y por su sino. Su captación definitiva es irrealizable; a Lezama se le aparece y se le pierde, monótonamente, la poesía, porque es un territorio inapreciable. Está siempre en la frontera, como dentro de otro contexto dice Gilles Deleuze: "exactamente en la frontera de las proposiciones y las cosas".

H.V.G.